

Cuentos populares

Cuento. Caperucita roja

Hace mucho tiempo, vivía en un pueblo una niña muy graciosa. Su madre le había hecho una caperuza de color rojo, y por eso todo el mundo la conocía por el nombre de Caperucita Roja.

Un día, su madre le dijo:

–Caperucita, esta semana la abuela está mala y no puede ir al pueblo. ¿Por qué no vas tú y le llevas esta cestita con queso, un pastel y una tarrina de miel?

Caperucita, muy contenta, se dispuso a ir a casa de su abuela.

–Cuidado cuando cruces el bosque. No hables con ningún desconocido. ¿Entendido? –le dijo su madre.

Y Caperucita se puso en camino. El bosque estaba precioso. Era otoño y las hojas estaban cambiando de color. Mientras lo cruzaba, se divertía viendo las ardillas y las liebres correr. Sin darse cuenta, se fue apartando un poco del camino.



De repente, oyó un ruido extraño y, de detrás de un árbol, salió un viejo y listo lobo que no tardó en preguntar a Caperucita:

–¡Hola Caperucita! ¿Dónde vas, con tu cestita?

–Voy a ver a mi abuelita, que está malita. Le llevo queso, un pastel y miel –contestó Caperucita.

–¡Qué contenta se va a poner! Y... ¿dónde vive?

–Al final del bosque, en una casita de madera.

–¡Ah!, ya sé –dijo el lobo–. Yo sé un camino más corto. Por allí podrás coger flores para tu abuelita.

Y engañó a Caperucita enviándola por el camino más largo.

Mientras tanto, el malvado lobo tomó el camino más corto, llegó a casa de la abuela y llamó a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó la abuelita.

–Abre, abuela, soy tu nieta –dijo el lobo con voz de niña.

–Entra, Caperucita, empuja la puerta.

El lobo empujó y, nada más entrar, se lanzó encima de la abuela, le tapó la boca con un pañuelo y la encerró en el armario. Luego, se puso el camisón y el gorro de la anciana y se metió en la cama a esperar a la niña.

Al poco tiempo, sonó la puerta:

–“Toc, toc”. Abuela, soy yo, Caperucita.

–Puedes pasar, querida –dijo el lobo desde dentro, imitando la voz de la anciana.

Pero cuando Caperucita entró, notó algo raro:

–Abuela, ¿qué brazos tan largos tienes!

–Son para abrazarte mejor, nietecita.

–¡Uh! Abuelita, ¿qué ojos tan grandes tienes!

–Son para verte mejor.

–¿Y por qué tienes las orejas tan grandes?

–Para oírte mejor, Caperucita.

Caperucita estaba cada vez más asustada.





–Abuelita, ¡qué dientes tan enormes y afilados tienes!
–¡Son para comerte mejor! –aulló el lobo, saltando sobre Caperucita.

La niña gritó con todas sus fuerzas. Por suerte, pasaban por allí unos leñadores que, al oír los gritos, corrieron a casa de la abuela.

Al ver a aquellos hombres con palos y hachas, el lobo, asustado, huyó por la ventana. Nunca más se supo de él. Desde entonces, Caperucita tuvo más cuidado con los desconocidos.

Adaptación del cuento de PERRAULT

